

Don Manuel Uribe Angel, patricio colombiano, refiere así la entrevista que tuvo con don Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, en Quito, en 1850:

«Un día recibí del doctor Pedro Antonio Torres, deán de la catedral de Quito, el siguiente billete:

«Mi querido Manuel: come hoy en casa un amigo viejo y, como quiero que seas de los nuestros, te espero precisamente a las cuatro de la tarde. Comeremos más y comeremos menos, Tuyo, Pedro Antonio.»

«Asistí a la cita, y al entrar en el salón, el doctor Torres se puso de pie, y dirigiéndose a un sujeto con quien conversaba familiarmente, dijo:—Don Simón, tengo el gusto de presentar a Ud. a mi amigo el doctor Manuel Uribe Angel. Doctor, presento a usted a un antiguo compañero de armas, el señor don Simón Rodríguez. Dirigiéndome entonces al anciano, a quien había sido presentado, no creí hallar en los recursos de mi pobre educación una frase más amable y más adecuada a las circunstancias que ésta:—Señor don Simón, tengo mucho gusto al conocer y saludar al maestro de nuestro Libertador.

«El viejo Rodríguez, con una risita que me pareció sarcástica, me contestó:—Fuera de ése, tengo algunos títulos para pasar con honra a la posteridad.

«—La mesa está servida, dijo el canónigo; amigos míos, vamos a comer.

«Sus relaciones llegaron después a ser íntimas. Don Simón almorzaba y comía diariamente con Uribe Angel, que, encantado, lo escuchaba discurrir sobre todas las cosas divinas y humanas.

«Una tarde, paseando juntos y departiendo en mucha intimidad, se detuvo de pronto don Simón y le dijo:

«—Para que sacies tu curiosidad, voy a referirte lo que pasó en Roma.

«Un día, después de haber comido, y cuando ya el sol declinaba, emprendimos con Bolívar paseo hacia el Monte Sacro (Sacrum Monte). El calor era tan intenso que nos agitamos en la marcha lo suficiente para llegar jadeantes y bañados de sudor. Llegados al mamelón, nos sentamos sobre un trozo de mármol blanco, resto de una columna destrozada por el tiempo. Yo tenía fijos los ojos sobre la fisonomía del adolescente, porque percibía en ella cierto aire de

## En el Monte Sacro

=De El Libro de Oro de Bolívar, por Cornelio Hispano. Garnier Hnos. París. 1925.=

notable preocupación y concentrado pensamiento. Después de descansar un poco, y con la respiración más libre, Bolívar, con cierta solemnidad, que no olvidaré jamás, se puso de pie, y, como si estuviera solo, miró a todos los puntos del horizonte, y, a través de los amarillentos rayos del sol poniente, paseó su mirada escrutadora y fulgurante sobre la tumba de Cecilia Metella, sobre la

Vía Apia y la campiña romana. Luego, levantando la voz, dijo:

«—¿Conque este es el pueblo de Rómulo y Numa, de los Gracos y los Horacios, de Augusto y de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública

### Carta de Bolívar

#### a su maestro don Simón Rodríguez

Pativilca, enero 17 de 1824.

*¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinsón! Usted en Colombia, usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito! Sin duda es usted el hombre más... extraordinario del mundo. Podría usted merecer otros epítetos; pero no quiero dárselos, por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo. Si, a visitar su patria que ya no conoce..., que tenía olvidada; no en su corazón, sino en su memoria.*

*Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos al Monte-Sacro, en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la Patria? Ciertamente no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, mi juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener. Usted, maestro mío, ¡cuánto debe de haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia! Con qué avidez habrá usted seguido mis pasos, dirigidos muy anticipadamente por usted mismo! Usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fué mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa.*

*No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que usted me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado; siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.*

*En fin, usted ha visto mi conducta; usted ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y no habrá dejado de decirse: «¡Todo esto es mío! Yo sembré esta planta, yo la enderecé cuando tierna; ahora, robusta, fuerte y fructífera, he ahí sus frutos, ellos son míos; yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos; porque mi derecho es imprescriptible..., privativo a todo.»*

*Sí, mi amigo querido; usted está con nosotros; mil veces dichoso el día en que usted pisó las playas de Colombia. Un sabio, un justo más, corona la erguida cabeza de Colombia. Yo desespero por saber qué designios tiene usted, sobre todo; mi impaciencia es mortal; y no pudiendo estrecharlo en mis brazos, ya que no puedo yo volar hacia usted, hágalo usted hacia mí; no perderá usted nada. Contemplará usted con encanto la inmensa patria que tiene labrada en la roca del despotismo por el buril victorioso de los libertadores, de los hermanos de usted. No, no se saciaría la vista de usted delante de los cuadros, de los colosos, de los tesoros, de los secretos, de los prodigios que encierra y abarca esta soberbia Colombia. Venga usted al Chimborazo. Profane usted con su planta atrevida la escala de los titanes, la corona de la tierra, la almena inexpugnable del Universo Nuevo. Desde tan alto tenderá usted la vista, y, al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: «Dos eternidades me contemplan, la pasada y la que viene, y este trono de la Naturaleza, idéntico a su autor, será tan duradero, indestructible y eterno como el Padre del Universo.»*

*¿Desde dónde, pues, podrá usted decir otro tanto, erguidamente? Amigo de la Naturaleza, venga usted a preguntarle su edad, su vida y su esencia primitiva. Usted no ha visto en este mundo caduco más que las reliquias y los derechos de la pródiga madre. Allí está encorvada bajo el peso de los años, de las enfermedades y del hálito pestífero de los hombres; aquí está doncella, inmaculada, hermosa, adornada por la mano misma del Creador. El tacto profano del hombre todavía no ha marchitado sus vivos atractivos, sus gracias maravillosas, sus virtudes intactas... Amigo: si tan irresistibles atractivos no impulsan a usted dar un vuelo rápido hacia mí, ocurriré a un epíteto más fuerte... La amistad invoco.*

*Presente usted esta carta al Vicepresidente; pídale usted dinero de mi parte, y venga a encontrarme.*

B o l í v a r

(Cartas de Bolívar. Edic. de R. Blanco-Fombona. Madrid. 1921).

para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios; Bruto clava el puñal en el corazón de su protector, para reemplazar la tiranía de César con la suya propia; Antonio renuncia los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz; sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas; por un Trajano, cien Calígulas, y por un Vespasiano, cien Claudias. Este pueblo dió para todo: severidad para los viejos tiempos; austeridad para la República; depravación para los emperadores; catacumbas para los cristianos; valor para conquistar el mundo entero; oradores para conmover, como Cicerón; poetas para seducir con su canto, como Virgilio; satíricos, como Juvenal; filósofos débiles, como Séneca; y ciudadanos íntegros como Colón; este pueblo dió para todos, menos para la causa de la humanidad: Mesalinas corrompidas, insignes guerreros, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros; pero para la emancipación del espíritu, para la extirpación de las preocupaciones, para el enaltecimiento del hombre y para la perfectibilidad definitiva de la razón, bien poco, por no decir nada. La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus facetas, ha hecho ver todos sus elementos, mas en cuanto a resolver el gran problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo?

«Y luego, volviéndose hacia mí, húmedos los ojos, palpitante el pecho, enrojecido el rostro con una animación casi febril, me dijo:

«—Juro delante de usted; juro por el Dios de mis padres; juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mis brazos, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español.

«—Tú sabes, hijo, agregó don Simón, que el muchacho cumplió su palabra»<sup>1</sup>...

(<sup>1</sup>) MANUEL URIBE ANGEL. El Libertador, su ayo y su capellán. Libro del Centenario de Bolívar. Bogotá, 1884.